

formes de algunos exploradores, estaban á las órdenes de "Guadarrama," quien procedente de Querétaro, venia á reunirse á las tropas de D. Porfirio Diaz.

A la vista de estas nuevas fuerzas fué cuando el general Márquez, abandonando á sus soldados, tomó el camino de la capital, seguido del general segundo en jefe, de los oficiales de estado mayor, el 5.º regimiento de caballería y algunos pelotones de otros cuerpos.

La situacion de las tropas imperiales se hacia aun mas comprometida, desde el momento en que sus principales gefes las abandonaban á su propia suerte, dejándolas en el mayor desconcierto, en el propio instante en que probablemente iban á ser de nuevo atacadas por tropas de refresco. En medio de este conflicto apareció un gefe digno que, comprendiendo sus deberes, supo despreciar el peligro en pro del honor militar. Este gefe fué el coronel D. Luis Arrieta, encargado del estado mayor de la division. A su sereno y activo proceder se debió indudablemente que las fatigadas tropas imperiales, se reorganizaran prontamente y obligaran á las fuerzas de Guadarrama a prescindir del ataque que habian ya iniciado.

El coronel Arrieta previno al coronel Kodolich se pusiese de nuevo á la cabeza de su brigada y ordenó al teniente coronel Treviño que con el 2.º regimiento de la frontera siguiese cubriendo la retaguardia de la columna, la que continuó la marcha en retirada hácia Texcoco.

A una y media legua mas allá de aquella poblacion, las tropas imperiales hicieron un pequeño alto: el des-

orden habia casi cesado y la marcha se continuó sin dificultad hasta el pueblo de Chimalhuacan, al que llegaron á eso de las nueve de la noche.

A las doce de la misma, la columna hizo otro alto en el pueblo de la Magdalena con objeto de proporcionarse algun alimento, de que tanto necesitaban las fatigadas tropas; pero no habiéndose encontrado nada, tornó á emprenderse la marcha. En este pueblo tuvo que abandonarse uno de los cinco obuses de montaña, que habiendo caido en una barranca no se creyó conveniente perder tiempo en sacarlo.

En Santa Marta, el coronel Arrieta, en vez de hacer seguir á su columna el camino de Mexicalcingo, la hizo tomar el del Peñon Viejo; y debido á su prudencia y prevision, llegó frente á la capital á las ocho de la mañana del dia 12, pasando aviso al gefe de la plaza y pidiendo se formase un puente provisional para proporcionar la entrada de las tropas, pues el que existia frente á la garita de San Lázaro habia sido destruido.

Ya se comprenderá el justo asombro de los habitantes de México al ver desfilar á las 12 del dia por la plaza principal, mas de mil seiscientos hombres de las tres armas, siendo así, que á la llegada del general Márquez el dia anterior, habia circulado la noticia de que á excepcion de la fuerza de caballería que habia seguido á dicho general, el resto de la division se habia perdido.

La marcha de la division de Márquez en auxilio de Puebla habia costado, pues, mil doscientos hombres, trece piezas de artillería y todas las municiones; pero hemos dicho mal: esta malhadada operacion costó mas



que eso, puesto que á ella se debió que poco mas tarde cayeran con el Imperio las cabezas del Emperador, Miramon y Mejía con las de otros muchos valientes militares.

Todo el que lea las Memorias del príncipe de Salm en lo que tienen que ver con estos sucesos, puede notar que todos los hechos meritorios ó recomendables se atribuyen á las tropas extranjeras, mientras que para las mexicanas, se reservan aquellas en que el valor y la abnegacion no tuvieron cabida. De una manera injusta y parcial se olvida el eminente comportamiento del coronel Arrieta y otros gefes mexicanos, pretendiendo que solo á los esfuerzos del coronel Kedolich, se debió la salvacion de las tropas que hemos mencionado. Maliciosa é intencionalmente quizá, se callan los hechos que hacen honor á los soldados mexicanos, y especialmente á los que formaban los regimientos de la Frontera y 5.<sup>o</sup> de caballería.

Mas tarde al ocuparnos del sitio de México tendremos mejor oportunidad para probar al mezquino escritor de las Memorias, la ninguna imparcialidad que ha usado en su publicacion.

Como es de comprenderse, los sucesos que acabamos de referir ponian á la Capital del Imperio en manos casi de las fuerzas republicanas, alentadas con sus recientes triunfos, fuertes en número y elementos y sin que se les pudiese oponer sino algunos soldados dominados aún por las fatales impresiones que acababan de recibir. El peligro era, pues, inminente; tanto mas cuanto que el estado de ánimo de las personas comprometidas en la causa del Imperio era demasiado desfavorable.

El general Márquez contaba apenas con unos cinco mil hombres, de los cuales habia una gran parte desarmados; el arsenal de artillería desprovisto de municiones; gran parte de la caballería sin caballos; y en fin, otras mil circunstancias que hacian casi imposible la defensa de la capital.

No es nuestro ánimo entrar en comentarios respecto á las razones que tuvo en cuenta el general republicano, para no atacar inmediatamente la Capital de México; sea como fuere, el general Márquez contó con el tiempo necesario, merced á esta circunstancia, para organizar las tropas, artillar la línea fortificada y ponerse en actitud de sostener un sitio prolongado mas allá de lo que fué realmente necesario.

El príncipe de Salm, despues de hacer una reseña de la situacion de México, semejante á la que acabamos de describir y en la que no faltan, como siempre, demasiadas recriminaciones para los mexicanos, dice: *Se decia que las tropas europeas se rehusaban á servir mas bajo el mando de generales mexicanos, y el rumor estaba bien fundado. Ellos solos habian contrareestado la marcha de todo el ejército de Porfirio Diaz, que incluyendo á todas las partidas que rondaban por el Valle de México, llegaban á diez y ocho mil hombres. Sin su heróico comportamiento en esa admirable retirada, el enemigo hubiera avanzado hasta el mismo centro de la Capital. Habian tomado parte en veinte combates y fueron igualmente victoriosos si tuvieron que llegar á México fugitivos y se encontraron en medio de esas tropas y generales mexicanos, ( los que corrieron al primer*



tiro) abandonados y sacrificados. No era por lo tanto de sorprenderse que habian llegado á ser desconfiados.

Se necesita una audacia sin límites para tomarse la licencia de decir por la prensa tantas falsedades. Por el párrafo que acabamos de copiar aparece que los austriacos fueron los héroes en todos los combates que la division Marquez tuvo que sostener en su marcha rumbo á Puebla y la retirada á México. La descripción que hemos hechos de aquellos sucesos da á cada uno el lugar que le correspondió, sin servirnos nunca de la injusticia y de la mentira. No hablaremos de la conducta que observó el general Márquez al separarse de sus tropas cerca de Texcoco; pero sí tornaremos á citar la muy recomendable del coronel Arrieta, quien no abandonó sus filas ni en los momentos de mayor conflicto. Pues bien, como este gefe habia en México otros muchos, que como Tavera, Diaz de la Vega, (D. Manuel), Quiroga, Tovar y otros, no han desmentido jamás su reputacion de valientes y entendidos, y que por consiguiente son dignos de mandar á cualquiera tropa del mundo. No habia en consecuencia razon para que los austriacos se disgustasen de estar á las órdenes de los gefes mexicanos, cuando la mayor parte de estos podian guiarlos por la senda del honor. Así es, que aún suponiendo que el general Márquez se hubiera mostrado indigno en lo de adelante, en México, como en San Lorenzo, no habia faltado un gefe de honor que lo sustituyese ventajosamente.

No podemos creer, y con sobrada justicia, que el Emperador hubiera confiado exclusivamente en las tropas

austriacas, para que por sí solas defendiesen y conservasen la capital del Imperio: en primer lugar, mil doscientos ó mil trescientos hombres, por exajerados que fueran su valor y disciplina, eran materialmente impotentes para el objeto; en segundo, si S. M. habia dado á dichas tropas ese difícil encargo, ¿cómo es que en las instrucciones que se dieron al general Márquez, se le ordenaba que á su vuelta á Querétaro llevase á esas mismas tropas? Parece que estas dos objeciones no tienen réplica.

Hay opiniones que una vez emitidas por un militar, forman su crítica apología de una manera inevitable. En consonancia con este juicio, vamos á trasladar aquí la que emite el príncipe de Salm ó el *testigo ocular* de quien ha tomado sus datos respecto al abandono de Chapultepec y villa de Guadalupe, desde el momento en que las fuerzas republicanas se acercaron á la capital. *El 13 de Abril se abandonó á Chapultepec y Guadalupe. Este fué un grande error, pues al hacerlo así, el ejército se encerró en México y dió al enemigo puntos excelentes para sostener el bloqueo; lugares culminantes que fácilmente se podian haber defendido. El temor fué el motivo para haberlo hecho así.* Ya hemos dicho las tropas y elementos con que se contaba en México para resistir al ejército republicano despues del descalabro de San Lorenzo, y hemos dicho tambien hasta dónde habia llegado el desconcierto y la desanimacion que los mismos sucesos habian engendrado en el ánimo de todos aquellos que, comprometidos en la causa del Imperio, estaban en el sagrado deber de procurar el sostenimien-



to de la capital, aunque no fuera sino durante el tiempo necesario para saber el resultado que obtendría el pequeño ejército sitiado en Querétaro; pero desprendiéndonos de todas estas circunstancias y circunscribiéndonos á la parte material que se relaciona con la defensa de México, ¿en qué cabeza, por peor organizada que esté, cabe la idea de conservar los puntos de Chapultepec y villa de Guadalupe, cuando se trata de sostener el sitio de una plaza como México, en que el perímetro fortificado tiene un desenvolvimiento de seis á siete leguas, cuando se cuenta solamente para la defensa con cuatro ó cinco mil hombres, mal disciplinados y peor armados? Nosotros, aunque sin abrigar la idea de creernos militares de nota, concebimos perfectamente las ventajas que podrian resultar á la defensa de la capital de México, conservando las alturas de Chapultepec y villa de Guadalupe, como centinelas avanzados de la línea fortificada; pero esto, en el concepto de poderse disponer de un ejército de veinte á veinticinco mil hombres, indispensables para la defensa de la plaza y para conservar dichas posiciones: de otra manera, y en el caso en que se encontraban los gefes imperialistas que mandaban en la capital el mes de Abril de 1867, hubiera sido un absurdo, un disparate inconcebible, establecer en Chapultepec y Guadalupe una guarnicion que habría sido inevitablemente cortada, puesto que no podría impartírsele ninguna proteccion ó socorro por las tropas de México. Más todavía; la guarnicion de Chapultepec, necesitaba estar provista de los víveres y municiones indispensables pa-

ra sostenerse por sí misma, pues es natural que desde el momento en que se hubiera comenzado á establecer el bloqueo por el ejército republicano, debia perder toda esperanza de proporcionarse unos y otras.

*“Porfirio Díaz, por lo tanto, se lisongeó con la esperanza de tomar la ciudad; aunque defendida como lo estaba por europeos.”* Estas frases necesitamos tomarlas como una fanfarronada ridícula: en efecto, despues de lo que hemos dicho y de lo que todos pueden saber ó comprender, ¿deben estimarse de otra manera las palabras de Salm? ¿un millar ó poco mas de extrangeros, seria capaz de defender la extensa línea fortificada de México? Leonidas con sus trescientos espartanos defendia solamente el paso de las Termópilas, y sin embargo, no lograron triunfar, sino sucumbir con gloria. ¿Qué habría sucedido en México con los austriacos?

No sabemos las razones por las cuales el general Márquez se olvidó de hacer introducir á la capital los víveres y ganados existentes en los alrededores; puede ser que no haya tenido tiempo suficiente para ello, pues de otra manera, esta falta seria imperdonable.

Si dicho general no reunió en junta de guerra á los gefes secundarios del ejército para tratar con ellos de las necesidades de la situacion, nos parece que hizo perfectamente, y es gran error de parte de los gefes austriacos, creer que es un deber del gefe de una plaza, el reunir en junta de guerra á todos los gefes de la guarnicion para consultarles los altos negocios de la campaña. En caso de duda, ó cuando el general en ge-



fè tuviese la intencion de salvar su responsabilidad, deberá reunir solamente á los gefes superiores.

Nos cuesta trabajo resistir á la tentacion de describir todos los pormenores é incidentes del sitio de México; pero estamos obligados á continuar en nuestro propósito y á desentendernos de todo aquello que nos haria jugar el papel de historiadores, del cual, lo confesamos, no nos creemos capaces. Por esto es que nuestra desaliñada relacion parecerá trunca y poco interesante á todos aquellos que busquen en ella toda la parte histórica del sitio de México. Continuaremos, pues, como hasta aquí, sujetándonos á analizar y destruir con pruebas lógicas y verídicas, todos aquellos hechos en que Salm, olvidándose de la verdad ó fiándose en datos apasionados, merezca ser desmentido.

Véase como se espresa, despues de hacer el panegírico mas ó menos exacto de algunos gefes republicanos.

*"Pero á esto se encontraba frente á México; (hablando de D. Porfirio Diaz) no había allí garita que comprar como en Puebla, y en cada pequeña puerta estaba un valiente oficial austriaco, y los Noriegas no se propagan ni en el Danubio, ni en las llanuras de Flándes, ni en los campos de Francia. Numerosos destacamentos de caballería ocupaban toda la noche las principales calles de México. Porfirio Diaz no podia menos de decirse á sí mismo que le era imposible tomar á México por la fuerza, puesto que estaba defendido por mil extranjeros."*

La lectura del párrafo que acabamos de copiar, en cierra tales acusaciones, tales imposturas y tal villanía que no encontramos frases suficientemente enérgicas

para contestarle convenientemente. El general Noriega vendiendo la plaza de Puebla al enemigo: el general republicano Porfirio Diaz convencido de que no podia tomar á México á viva fuerza, á pesar de sus numerosas tropas y abundantes elementos de guerra, por la sola circunstancia de encontrarse mil extrangeros entre los defensores de ella: en fin, un valiente oficial austriaco en cada puerta de la ciudad, sirviendo de garantía, para que la plaza no fuese tomada por la fuerza ó por traicion. ¿Qué mas puede pedirse? Afortunadamente la voz y las acusaciones del despreciable y mentecato escritor pesarán bien poco en el ánimo y decision de cuantos hayan pasado los ojos por el súcio folleto que refutamos, pues tenemos objeciones y pruebas palpables que poner en pro de la verdad.

El general D. Manuel Noriega, antiguo y honrado militar, podrá tener muchos defectos, pero jamas se ha sabido que en el curso de su dilatada carrera se haya manchado con una falta de la magnitud de la que hoy se le atribuye por Salm.\*

Nosotros no sabemos las circunstancias ó medios de que se sirvió el general republicano para posesionarse de la ciudad; pero creemos que cualesquiera que ha-

\* Habiendo tenido noticia el Sr. General Noriega de que nos ocupábamos de este asunto, nos ha remitido una manifestacion escrita en su defensa y para rectificar los hechos. Nos ha parecido conveniente, bajo todos aspectos, hacerla conocer, y por esto la hemos agregado, como Apéndice á nuestro epísculo.



yan sido estos medios, son enteramente extraños á la traicion del general Noriega, quien ya ocupada la plaza, se mantuvo dos dias con parte de sus tropas en los cerros de Guadalupe y Loreto, en donde se rindió. Estamos seguros que el repetido general Noriega protestará enérgicamente contra esta infame acusacion, que afortunadamente ha sido lanzada contra él por un extranjero venal y apasionado. Quizá el general republicano, á quien de paso toca una parte de esta acusacion, protestará igualmente contra ella.

¿Qué podremos decir, y qué dirán tambien cuantos lean las Memorias de Salm, al hablar del ejército republicano, fuerte en diez y ocho ó veinte mil hombres, y al que la sola presencia de mil soldados extranjeros, lo contuvo para resolverse á asaltar la plaza de México? ¿Y qué, de esos valientes oficiales austriacos colocados uno en cada pequeña puerta de México y á cuya sola presencia el valor de los sitiadores y la traicion de los sitiados se hacia impotente?

A propósito de traicion y en perfecto acuerdo de lo que acabamos de decir, tenemos oportunidad de probar á Salm que si en México hubo algunos que traicionaban no eran ciertamente los mexicanos, sino varios de esos valientes y leales extranjeros que tanto han blasonado de serlo. Durante el sitio de México, el consejo de guerra ha juzgado á Dives capitán de contraguerrilla, Bournon teniente, Certain y Caret, subtenientes, por el delito de traicion, habiendo querido entregar al enemigo el fuerte de la garita del Niño Perdido, de cuya guarnicion formaban parte.

Chainett, teniente coronel, durante los últimos dias del sitio ha enviado desde la garita de Belen á un sargento de su contra-guerrilla para que dijese al gefe republicano situado en la Piedad, que si queria entrar á México por aquel punto, podia contar con que su tropa no haria fuego á la suya. Por último, y sin ocuparnos de muchos otros hechos semejantes á los que acabamos de citar: ¿qué otro nombre puede darse á los austriacos hechos prisioneros por el ejército republicano en Miahuatlan y la Carbonera, que tomaron parte contra el Imperio y auxiliaron á las tropas del general Diaz en Puebla, San Lorenzo y México? ¿Cómo podrá apreciarse la conducta de la compañía de extranjeros, al servicio tambien del ejército republicano, y la que á las órdenes del gefe liberal Certuchy, volvieron igualmente sus armas contra el Imperio? ¿Y qué, en fin, de los extranjeros que formaban parte del batallon de Cazadores en Querétaro, quienes en el momento de mayor conflicto se pasaron al enemigo?

Las Memorias de la princesa de Salm Salm en la página 7, vienen tambien en nuestra ayuda. Véase la manera con que se expresa, y téngase presente que esto pasaba en el mes de Abril. "*En la próxima mañana ví á los dos coroneles. El conde de Kevenhüller opinó que seria conveniente rendirse desde luego, etc., etc.*"

Los hechos que acabamos de referir no son una miserable calumnia como la de que se ha servido Salm contra el general Noriega. Todas las personas que acabamos de citar son extranjeros.

La mentira, inseparable compañera de Salm en sus